

## Un nuevo realismo político

Entre las características que Aristóteles esquematizó para definir a la juventud y diferenciarla de la vejez (*Retórica* 1.389 b 14 y sigs.), destacó, como preliminar y comprensiva, una que la hacía distinguirse en el plano político: la capacidad de los jóvenes para entusiasmarse por ideales abstractos, ascendiendo en la culminación de este entusiasmo a la situación límite de cualquier tipo de proceso ascético, es decir, al sacrificio. Normalmente se iba constatando la pervivencia de esta virtud en el ánimo de las jóvenes generaciones, expectantes ante los acontecimientos políticos, quedando reservado el desengaño y la frialdad para los hombres maduros, cuya capacidad de entusiasmo se había agotado en la amarga experiencia de la ineficacia de los cambios políticos.

Asistimos hoy, al menos en el llamado mundo occidental y parece que con la actual intensidad por vez primera, al fenómeno opuesto. La juventud, en gran parte, se desinteresa de la vida política, no se preocupa por problemas colectivos que exijan soluciones definitivas, y proclama con indiferencia su total desconexión emocional hacia los supuestos conductores, quienes — a su parecer — se revelan, crecientemente, como simples aspirantes al medro y a la perduración en puestos privilegiados. Las grandes palabras que hasta hace poco tiempo movieron al sacrificio a los jóvenes europeos, no semejan poseer hoy el pasado atractivo. A los antiguos párrafos alusivos a últimos destinos, honor nacional, espacio vital y puesto al sol, han sucedido otros que frecuentemente se resumen en dos palabras, ya clásicas en la sociedad occidental: Ajuste y Bienestar; complementarias y condicionantes de cualquier porvenir que se quiera dibujar como meta sugestiva para las promociones que comienzan a irrumpir en la vida política europea.

Desde planos modernos se puede comprender perfectamente el proceso general de trivialización en que se insertan las premisas de Bienestar y Ajuste, que marcan, al parecer, el posible horizonte político que puede

ser ofrecido a la tan aludida juventud, a quien va siendo corriente atribuir, por ensayistas y sociólogos, un suficiente escepticismo hacia cualquier programa que no se traduzca, a plazo razonablemente corto, en soluciones concretas, capaces de repercutir favorablemente en el grado de bienestar. Se asistiría, por tanto, al hecho, a nuestro juicio grave, de la desaparición en el contorno político de un ingrediente que hasta hoy parecía fundamental en la actuación juvenil: el estado de entusiasmo.

El entusiasmo, según una definición esquemática, pudiera ser la facultad de adscribirse emocionalmente a una causa cualquiera, sin la previa consideración sobre las posibles ventajas o perjuicios que el triunfo o la derrota puedan acarrear.

En la sociedad europea, particularmente desde el romanticismo, podía constatarse abundantemente la influencia del entusiasmo en la fluctuación y en los intentos de inversión de situaciones políticas, caracterizadas por la injusticia. El éxito escaso que muchos de estos intentos puedan haber tenido, desde la onda revolucionaria de 1848 hasta los «communards» de 1871, la formación del cantón de Cartagena o los alzamientos carlistas, no quita la importancia que en la lucha política, entendida como situación de violencia incontrolada, tenía la presencia de caudillos y santones, que arrastraban masas, sustituyendo ideologías por arengas.

Todavía los ideales, y quienes los portaban, ejercieron su última función fascinante en el conflicto liquidado en mayo del 45. Después, y como lógica consecuencia, sobrevinieron la amargura, la vacilación y el desencanto, elementos que conforman lo que se ha llamado situación de postguerra. Los ideales se confunden y la capacidad de sacrificio se extingue, como fenómeno consecuente a cualquier acontecimiento bélico, en proporción al grado de destrucción y desilusión que haya ocasionado.

Este fenómeno de creciente desconexión emocional con la antigua retórica, ha sido abundantemente señalado, generalmente en sentido favorable y como muestra de un mayor grado de realismo social y de un menor grado de capacidad en las masas para convertirse en turbas.

Parece claro que en este clima no resultará fácil encontrar un Ersatz para la cualidad perdida, lo que constituyendo en principio un síntoma estimable de madurez civil, puede llegar a transformarse en un hecho alarmante, en cuanto sitúa para siempre a muchos pueblos de las áreas de descolonización económica ante la triste perspectiva de un inevitable inmovilismo político. Desconectadas las masas de poderes ya suficientemente institucionalizados, pero sin docilidad ninguna, por otra parte, para seguir a quienes exijan un mínimo sacrificio o una pequeña pérdida, aunque sea temporal, en el nivel de su bienestar, su destino parece asegurado: servir de soporte económico a los más astutos, que, cabalgando sobre ella, compondrán en progresión creciente una nueva clase política, sin posibilidades apreciables de circulación. Es evidente que en estas circunstancias, un poder afirmado, por caduco, corrompido o ridiculizado que esté,

puede mantenerse sin tener necesidad de hacer excesiva ostentación de su fuerza, y pervivir, en un discreto grado de consensus, mediante la ayuda mutua con algunos estratos socio-económicos del país interesados directamente en su conservación.

Los grupos de presión, actuantes a través de los partidos políticos, o bien, como en otros regímenes, en su más pura desnudez sectorial, monopolizan el poder y controlan, por consiguiente, a su antojo, la administración y distribución de lo colectivo, prologando habitualmente su actuación antisocial con el cinismo de su constante afirmación de perseguir un supuesto bien común. Frente a una situación muy concreta, como la referida, a la que no se apreciarían posibles soluciones de tipo evolutivo, quedaría solamente, según ciertos esquemas de concepción del mundo, una «última ratio». En otro tiempo, fue el cañón la última razón de los reyes. El cañón simbolizó el perfeccionamiento de una técnica de destrucción a distancia, y significó la consiguiente debilitación de una supremacía basada en el valor personal como fuente de privilegio. Un poder nuevo, decidido a hacer uso de la fuerza, que una nueva técnica le proporcionaba, terminó con una época histórica, ya en disgregación en sus fundamentos sociológicos y éticos. El pueblo sintió la necesidad del Príncipe, y aplaudió su aparición. Un poder supremo anuló los poderes intermedios, que oprimían sin garantizar, y liquidó el estamento de los barones rurales, constriéndoles a convertirse en cortesanos o a desaparecer.

En cierto modo se ha llegado por muchos al profundo convencimiento de que una situación política afianzada no puede ser derribada por el simple juego de las fuerzas moderadas de oposición, toleradas como inoperantes por el régimen que monopoliza el poder.

Se aboca así a un estado de hostilidad latente, definido por un grado acusado de disminución en el ya escaso del consensus popular y la desviación intelectual de las minorías universitarias o militares. Del seno de estas minorías surge una élite, que desea la revolución y conoce y practica la técnica del conflicto con un realismo político, enunciado en términos que orientan al triunfo total y expresado con estilo desconocido desde Maquiavelo. Estilo que pudiera parecer cínico o contraproducente, si se olvida que va dirigido a permeabilizar las masas. Esta élite dirigente se constituye como una auténtica clase política, caracterizada por:

- una experiencia común,
- ideas directrices derivadas de esta experiencia, y
- voluntad firme de realizarlas.

Comienza a existir una abundante literatura que intenta explicar los resultados de la actuación de esta clase en la lucha ideológica y el fenómeno que sirven: *la guerra revolucionaria*.

La guerra revolucionaria no es patrimonio exclusivo de ninguna de las ideologías en pugna. Como instrumento de una praxis puede ser utilizada por cualquier contendiente. Desde luego su origen y desarrollo están in-

cluidos en el proceso general subversivo, que se orienta desde los países socialistas. Sin embargo, su aplicación ha tenido discípulos excelentes en el mundo occidental. Los hombres que conocen y practican las técnicas psicológicas y políticas de la guerra revolucionaria son de la misma índole y obran a partir de los mismos supuestos. Por tanto podemos aceptar como válida la definición que de la misma nos hace uno de los mejores discípulos de Mao-Tse-Tung, el coronel francés Roger Trinquier: «La guerra es ahora un conjunto de acciones de todas clases (políticas, sociales, económicas, psicológicas, armadas), que persiguen derribar el poder establecido en el país y reemplazarlo por otro régimen».

Por esto actualmente la posesión del territorio es relativamente secundaria. Lo que importa es la conquista ideológica de la población, su captación mental y el ofrecimiento constante de sustituir un estado de apatía por otro de apertura a la esperanza. El instrumento típico de la guerra actual, según Trinquier, es la organización clandestina que intenta imponer su voluntad a la población. Para esto no bastarán la violencia y el terrorismo; habrá que apoyarse en las tensiones existentes en el interior de la sociedad: problemas raciales, económicos y sentimentales. Estos motivos pueden resultar particularmente valiosos en las áreas de descolonización, tanto política como económica en las que desde luego va comprendido el mundo iberoamericano. Si toda época es inevitablemente conflictiva, más aún la actual, que viene siendo juzgada abrumadoramente como crítica. Vivimos en plena inseguridad. Nadie tiene hoy la sensación de que en el mundo prevelezcan el orden y la justicia. Cada sociedad tiene sus modos peculiares de hacer aparecer y resolver conflictos o de sustituirlos. No obstante, pueden llegar a darse conflictos insustituibles. En este caso su resolución viene condicionada por la liquidación de las ideologías opuestas y los que las defienden. Así se arriba nuevamente a la vieja concepción agustiniana de la ambivalencia práctica del estado de paz con el de justicia: «Hasta los que quieren perturbar la paz en que viven, no es porque aborrezcan la paz, sino por tenerla a su albedrío. No quieren, pues, que deje de haber paz, sino que haya la que ellos desean» (*De civit. Dei*, XIX, 12).

Los viejos conceptos del pacifismo tradicional no sirven ya ante esta arrolladora realidad invasora, que puede contraerse en el emblema «la paz, por la violencia». Este sentimiento paradójico encuentra su más pura aplicación en el desarrollo de la guerra revolucionaria, guerra en la que se aúnan ideología y técnica. Este tipo de conflicto, nacido en los países del Tercer Bloque en los primeros tiempos de la descolonización, fue copiado después con bastante efectividad por quienes tuvieron que sufrirlo, presentando en ambos campos las mismas características técnicas:

1.º *Lucha de tipo guerrillero*, que comprende: implacabilidad y fiereza en la lucha armada; empleo de la tortura y la vejación como necesidades ineludibles para el éxito; organización clandestina; persecución de la in-

formación; labor de espionaje y contraespionaje; y utilización del doble juego y la infiltración.

2.º *Empleo masivo de la propaganda*, con particular alusión a los resentimientos tradicionales que el país alimenta contra su propia élite dirigente o contra grupos extranjeros. Siempre que se pueda los dos temas procurarán relacionarse.

3.º *Utilización de grupos similares*, que sin poseer ideologías concretas aspiran a subvertir un estado de injusticia. En muchos países existen núcleos juveniles que no se reconocen en la sociedad en que viven. Sobre estos grupos se extremará la actividad propagandística para completar su grado de politización.

Como puede verse, la guerra revolucionaria excede en calidades técnicas y por lo menos igual en voluntad de triunfo a la conspiración y a la conjura, instrumentos de la mentalidad romántica, para invertir situaciones; participando, sin embargo, de algunas características convencionales de aquéllas: complicidad cerrada, máximo riesgo, voluntad inquebrantable de realización y absoluta imposibilidad de transacción o venta. El militante de la guerra revolucionaria sabe perfectamente que el fracaso acarrea la destrucción. Las guerras convencionales incidían sobre intereses, y sobre los intereses cabe el compromiso. La guerra revolucionaria parte de una concepción del mundo, es decir, una mentalidad, y sobre una mentalidad no cabe el compromiso.

Lo decisivo en la eficacia de la guerra revolucionaria no es la violencia, incluso entendida como ferocidad, sino el frío análisis de su forma de actuación y de su influencia psicológica. Y sobre todo el convencimiento previo de que la lucha armada no es sino una fase dentro del proceso dirigido hacia la subversión de estructuras.

Para los pacifistas a ultranza queda la elección de campo, debiendo considerar si en condiciones especiales su postura excede de una simple colaboración con un estado de injusticia. Sobre todo para los países dominados por el neocolonialismo resultará bastante dudosa la posibilidad de sacudir su atraso utilizando el bálsamo universal de la democracia presentada bajo fórmulas U. S. A.

La ingenua creencia alimentada por algunos sectores del mundo occidental, que adjudicaban sin más una superioridad *natural* a la sociedad constitucional-pluralística sobre su oponente totalitaria, ha sido duramente quebrantada a causa de los espectaculares éxitos obtenidos por la U. R. S. S. en el campo espacial. Estos malos resultados democráticos procedían, como es sabido, de la competencia de diversos grupos y del predominio de intereses sectoriales sobre objetivos concretos.

Los americanos habían sido batidos en el terreno más doloroso para ellos, pues era en el que más confiaban y en el que se sentían más seguros de su superioridad: el de la ciencia y el de la técnica. Por contraste, la organización monolítica de la U. R. S. S. aparecía con todas sus ventajas

técnicas: unidad de decisión, rápida elección de objetivos y aptitud y voluntad para concentrar esfuerzos.

Los resultados obtenidos en los últimos tiempos hacen que para otros grupos la elemental creencia que una sociedad organizada como los E.E. UU. sea por principio superior a otra organizada como la U. R. S. S., se convierta precisamente en su contraria. Y de este estado de ánimo inicial, arranca una serie de conclusiones lógicas.

En importantes sectores de las fuerzas armadas de países occidentales, particularmente Francia, existen discípulos y seguidores de Mao-Tse-Tung, que han aprendido y aplicado sus teorías en las guerras coloniales. Es conocida la profunda admiración que en los medios militares produce la efectividad de los regímenes totalitarios, efectividad considerada desde un punto de vista maquiavélico, como pura técnica para obtener resultados. Dado esto no es de extrañar la tentación de los coroneles argelinos de llegar al poder mediante un golpe de fuerza.

En el desarrollo del «putsch» argelino resulta significativa la modesta actuación de los sindicatos y partidos de izquierda para oponerse a la violencia organizada por soldados profesionales. Lo cual avala una vez más el hecho indudable de que en el estado actual de cosas la izquierda clásica no puede intervenir de otra manera que como fuerza más o menos conservadora. Cuando los valores políticos están en crisis, derecha o izquierda resultan ya meras palabras. Los fines políticos que se propusieran los militares argelinos no aparecen excesivamente claros. Existe una opinión extendida que los incluye dentro de un fenómeno general de tipo neofascista, y por lo tanto, como simples defensores de los últimos esfuerzos del capitalismo, en lucha por sobrevivir y en busca de una nueva superestructura ideológica y un nuevo esquema de fuerzas que se lo permita. El capitalismo, así, habría cambiado una vez más la vieja fachada liberal-democrática por otra de tipo autoritario-totalitario más adecuada a la circunstancia que atraviesa. Como todas las conclusiones generalizadas, hay que tomar ésta con precaución y examinar primeramente qué fenómeno se quiere configurar bajo el rótulo de neofascismo.

En principio se tendría que partir de una distinción radical entre el nazismo y el resto de los sistemas totalitarios que gobernaron gran parte de la Europa de anteguerra. Esta distinción puede desarrollarse desde la fórmula siguiente: «el fascismo progresa desde su contradicción inicial, cuando los intereses o ideales de la clase política tienden a prevalecer sobre los intereses concretos de la clase económica, que es, sin embargo, quien le ha conducido al poder».

Desde puntos de vista actuales, puede admitirse la progresiva emancipación que experimentó la clase política dirigente nazi sobre la oligarquía industrial-latifundista, que tan decisivamente había llevado al partido a la conquista del Estado. Particularmente con la guerra total y el atentado contra Hitler en el verano de 1944, el proceso se aceleró tan rápidamente,

que no parece dudoso afirmar cómo al término de una guerra victoriosa la clase política hubiera superado por completo los intereses sectoriales, sin los cuales desde luego nunca hubiera llegado al poder. Otra prueba concluyente, desde un plano de consideración técnico-político, lo constituye el grado de eficiencia, trágica o no, que alcanzó el sistema. En este sentido existe una profunda diferencia entre el nazismo y los demás regímenes totalitarios que se alinearon junto a él en la última contienda mundial. Es precisamente a este segundo tipo de regímenes totalitarios a los que los adeptos occidentales de la guerra revolucionaria *no* quieren imitar.

La teoría de los coroneles argelinos sobre el conflicto moderno que aspira a estructurarse como réplica a la emanada desde los países socialistas, afirma, como primer postulado, la imposibilidad práctica de un conflicto atómico. Este punto fundamenta y justifica el resto de las especulaciones razonadas que la conforman. Sin embargo, aunque la guerra total nunca llegará a darse, las tensiones y desigualdades que soportan muchos países, y la esencial dinamicidad invasora de las ideologías revolucionarias, provocarán forzosamente conflictos sociales, que se resolverán a través de esquemas bélicos revolucionarios; siendo esta modalidad del conflicto un eslabón en la cadena del proceso político que entendido como guerra permanente se desarrolla a escala planetaria. Es por esto por lo que se puede afirmar que la tercera guerra mundial ya ha comenzado.

Dados estos presupuestos, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup>) La guerra no es en sí ni un bien ni un mal. Es simplemente un instrumento y como tal puede ser utilizado en favor o en contra de cualquier ideología. Por tanto, el juicio moral sobre la guerra se retrotrae al juicio sobre las ideologías.

2.<sup>a</sup>) Es, por tanto, inútil y falso abominar por principio de la guerra, que resulta en situaciones determinadas el único medio de invertir la praxis política. Así habrá que desconfiar del moralismo secularizado que no es sino otra ideología.

3.<sup>a</sup>) La descompensación que ha sufrido la capacidad defensiva de los dos bloques en pugna, en relación a la ofensiva, y el alto grado de vulnerabilidad que las nuevas armas han conseguido, hacen muy difícil, por no decir imposible, el desarrollo de un conflicto atómico exterminador de la humanidad. Por las mismas razones tampoco es previsible ninguno de tipo convencional, que tendrá todas las probabilidades de transformarse en nuclear. Por tanto, toda posible guerra se desencadenará por fuerza en el plano revolucionario.

4.<sup>a</sup>) La guerra y la política, como han considerado Clausewitz y Lenin, no son sino distintos momentos de un mismo proceso.

5.<sup>a</sup>) Dada la continuidad dialéctica existente entre guerra y política y la indudable existencia de una voluntad política potenciada hacia la revolución, puede afirmarse que la tercera guerra mundial ha comenzado ya.

6.<sup>a</sup>) La potencia atómica, como hemos concluido antes, no se emplea-

rá nunca. Es únicamente una barrera defensiva para la supervivencia de los países socialistas. A su amparo se desarrollará, por parte de éstos, la guerrilla y la propaganda continuada, elementos claves de la guerra revolucionaria.

7.<sup>a</sup>) La guerra tiende a la resolución del conflicto. Sobre el éxito final no pueden haber compromisos. La inclusión en su dinámica exige como presupuesto indiscutible el *entusiasmo*.

La guerra no es deseable por sí misma, no se trata de defenderla por sus calidades estéticas o gloriosas; han pasado los tiempos de Treitschke y Von Bernhardi. Pero ante situaciones cerradas habrá que elegirla como único medio para promover el cambio social. Esto no será fácilmente comprendido por muchos grupos intelectuales, forzosamente fluctuantes entre las clases, y por lo mismo inclinados a pregonar soluciones marginales o ambiguas.

Y por último, estas notas no intentan tomar partido, sino atraer atención sobre un fenómeno que comienza a irrumpir en la arena política, contradiciendo la pretensión de quienes prefieren suponer incapacidad para el entusiasmo y el sacrificio fuera de los esquemas ideológicos orientales. La bibliografía que de él se ocupa va resultando clásica, así como sus conclusiones.

Se debe destacar la importancia que en este movimiento se concede a los fines pretendidos, y por consiguiente la indiferencia moral con que se eligen los medios. Es decir, procede con todas las características prácticas derivadas del concepto de la Razón de Estado, encabezadas, lógicamente, por la perfidia; la máxima «pacta sunt servanda» resultaría risible bajo la perspectiva de estas renovadas técnicas de dominio. Tácitamente se admite al vencedor la elemental facultad de no tener que respetar ningún compromiso contraído por motivos tácticos.

Este nuevo y auténtico realismo político, puede entenderse también como un nuevo y radical humanismo, ya que no busca la grandeza absoluta del Estado, sino la sustitución del mismo y su absorción en la sociedad; y así, aunque está basado en parecidas premisas, y utiliza las mismas técnicas que su paradigma histórico, no constituyen su meta la reputación y la gloria, sino la consecución del Estado de justicia. Por lo mismo resultarán dudosas las consideraciones sobre él que partan de bases cerradamente historicistas.

M. F. ESCALANTE